



H-industri@ *Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*

Año 1- Nro. 1, segundo semestre de 2007

Richard-Jorba, Rodolfo, Eduardo Pérez Romagnoli, Patricia Barrio e Inés Sanjurjo, *La región vitivinícola argentina. Transformaciones del territorio, la economía y la sociedad 1870-1914*, Buenos Aires, UNQ, 2006 (296 págs.)

El trabajo que da ocasión a este comentario ofrece una interesante puesta al día de la historiografía económica de una región relativamente poco representada en la renovación historiográfica de los últimos veinticinco años, y lo hace en el marco de una colección (“Convergencias”, Editorial de la UNQ) cuyos últimos títulos dan cuenta de una voluntad editorial de difundir la historiografía habitualmente conocida como “regional” (con lo que se alude a las regiones extrapampeanas).

La “región vitivinícola” a la que se refiere el título se corresponde con las provincias de Mendoza y San Juan o, en rigor, con las áreas productivas de dichos espacios provinciales que, a lo largo de las dos o tres últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo pasado, se volcaron a la producción vitícola y a la elaboración de vinos.

Los dos primeros capítulos, escritos por Rodolfo Richard-Jorba, se ocupan de las transformaciones socioeconómicas, demográficas y espaciales generadas por la reorientación productiva, comercial y financiera de la región, de un modelo de “producción ganadera con agricultura subordinada” orientado al polo económico representado por Santiago-Valparaíso, hacia una economía vitivinícola orientada al mercado interno generado por la economía agroexportadora pampeana.

Eduardo Pérez Romagnoli, en el tercer capítulo, ensaya un análisis de ciertas ramas manufactureras “inducidas” y “derivadas” de la producción vitivinícola. A partir de estas categorías se analiza el impacto de la reconversión productiva de la región sobre actividades artesanales y manufactureras complementarias de los sectores agrícola y bodeguero (desde la herrería a la producción de aguardientes, pasando por la fabricación de toneles). El autor observa la presencia, numéricamente reducida, pero socialmente significativa de un incipiente sector secundario.

Los dos trabajos siguientes resultan más circunscriptos, tanto geográfica como temporalmente. El capítulo de Patricia Barrio está dedicado al análisis de las organizaciones empresariales surgidas en torno a la actividad vitivinícola a comienzos del siglo XX. Allí, a través de la dinámica de formación de esas instituciones la autora hace manifiesta la existencia de una red de relaciones complejas entre la nueva élite económica, la élite política provincial y el universo de productores asociados a la nueva actividad.

El capítulo final, a cargo de Inés Sanjurjo, se ocupa del desarrollo de un espacio de frontera de la región, la zona del sur mendocino, con centro en la cabecera del departamento de San Rafael. A lo largo del estudio, se analizan las transformaciones tanto socioeconómicas como político-institucionales de ese espacio en relación con la reorientación vitivinícola del espacio regional, así como de la coexistencia de distintas dinámicas de reconfiguración espacial (nacional, provincial y municipal).

Esta obra viene a funcionar como un (saludable) síntoma de la situación de los estudios históricos sobre el área cuyana. A diferencia de otros espacios regionales, el oeste argentino ha comenzado sólo recientemente a ser objeto de una renovación historiográfica que, para otros espacios, lleva ya más de veinte

años. En este sentido, estos trabajos vienen a ampliar el conocimiento sobre la experiencia económica y social de una región cuya exitosa integración en el modelo de desarrollo de la Argentina de fines del siglo XIX no había recibido hasta no hace tanto tiempo, demasiada atención.

Semejante tarea supone una búsqueda y revalorización de fuentes de información, tarea que los autores demuestran haber encarado exitosamente, explotando tanto las fuentes estadísticas tradicionales (censos, registros topográficos, etc.) como algunas revalorizadas por los estudios históricos más recientemente, desde las testamentarias hasta la polifacética pero potencialmente rica prensa periódica.

Las disciplinas de origen de los autores aportan ciertas diferencias a sus respectivos enfoques, sin perjuicio de los diálogos interdisciplinarios que denotan. Los tres primeros artículos, cuyos autores cultivan la geografía histórica, evidencian una voluntad de aprehender los procesos de cambio social poniendo en juego una serie de categorías analítico-descriptivas que permitan articular un modelo de desarrollo. Quizás en el caso del estudio sobre las actividades manufactureras, las categorías aplicadas se tornan algo excesivas para las dimensiones de un sector productivo cuya presencia es tan innegable como su escala reducida y, por ende, la referencia a “industrias” puede resultar un poco holgada. Eso sin perjuicio de reconocer que, como bien apunta el autor, entre estos talleres de fines del siglo XIX se encontraban los orígenes de un grupo empresario ligado al desarrollo de la industria metalmeccánica moderna, como es el caso de Pescarmona.

En cuanto a los artículos escritos por las dos historiadoras, se observa un genuino interés por desbrozar algunos problemas a partir del análisis de coyunturas particulares, en diálogo con la historiografía reciente.

El conjunto, sin perjuicio de sus aportes, deja ver una disparidad que debe ser apuntada. En una obra colectiva articulada en torno a la historia de una “región” que incluye los espacios de Mendoza y San Juan, la parte de los análisis que se ocupan de las áreas de oasis productivos de esta última provincia muestra un relativo subdesarrollo. Los dos últimos trabajos, inclusive, se circunscriben casi exclusivamente al caso mendocino. La disparidad puede derivar, quizá, de la dinámica del propio caso regional estudiado, puesto que en los análisis sobre el conjunto de la región, queda claro que la economía mendocina logró un mayor dinamismo durante el período estudiado. No obstante, el desbalance surge de los propios trabajos y, sin restar mérito a lo que la obra ofrece, hace esperables futuras indagaciones.

Llegado a este punto, quisiera introducir un comentario que apunta menos a marcar una carencia de libro, que un desafío para potenciar la repercusión de la historiografía de la que surge. Me refiero a las posibilidades de abordar estudios de tipo comparativo. Como se dijo antes, recién en los últimos diez o quince años se ha hecho sentir una renovación en los estudios regionales cuyanos (y otro tanto podría decirse de la historiografía patagónica y del nordeste). Algunas otras regiones, como la pampeana, o el NOA, han tenido desarrollos más tempranos y cuentan con historiografías que han generado intensos debates.

En la medida en que las inquietudes retrospectivas están motivadas por transformaciones socioeconómicas contemporáneas – sería difícil ignorar que el “despegue” de los estudios sobre el NOA a fines de los sesenta se vinculaba con la crisis del sector azucarero y que la historiografía sobre la vitivinicultura mendocina ha sido estimulada por la reconversión que el sector atraviesa desde comienzos de los noventa –, los estudios comparativos tendrían múltiples ventajas. Por una parte, permitirían enriquecer las discusiones sobre los procesos específicamente regionales (en este caso, los relacionados con la actividad vitivinícola) con los resultados de debates ya sostenidos para otras regiones. En ningún caso para “asimilarlos” a la experiencia de otros casos, ni para reducirse exclusivamente a la especificidad local, sino para articular similitudes y diferencias en torno a problemas de carácter más general (pienso, por ejemplo, en los debates sobre la conformación de los mercados de trabajo, el impacto sociodemográfico, laboral y cultural de la inmigración, las dimensiones locales de procesos regionales y nacionales, etc.). Por otra parte, y creo que aquí radica la centralidad de la riqueza de la comparación, permitiría poner en diálogo experiencias historiográficas que, por motivos que exceden tanto a los autores en cuestión como a este comentarista, corren en ocasiones el riesgo de crear compartimentos estancos. Los estudios comparativos ofrecen potenciar la “legibili-

dad” de las particularidades regionales. Creo que esto sería estimulante al menos en dos sentidos: en primer lugar, en la medida en que la discusión sobre la articulación entre la experiencia regional y la experiencia nacional-global es sin duda una cuestión que guía muchas de estas indagaciones, la posibilidad de discutir los modos de esa articulación contribuiría a revalorizar las experiencias regionales y a repensar el modelo global. En segunda instancia, en tanto se ha demostrado que la historiografía reciente (y esto sería extensible a la geografía) ha contribuido a plantear una renovación de los contenidos escolares, tanto en la modificación de contenidos de la formación docente, como en la confección de contenidos oficiales y manuales escolares, aumentar los canales de difusión de experiencias regionales permitiría construir una historia escolar más plural, no sólo centrada en la diversidad de singularidades, sino en la articulación de las diferencias.

En suma, la obra reseñada viene a poner en conocimiento de un público más amplio un conjunto de discusiones que se vienen desarrollando dentro de los estudios históricos de la región cuyana y al hacerlo muestra algunos logros conseguidos en generar una renovación que acompañe discusiones historiográficas recientes. Trabajando con enfoques y escalas que no siempre coincidentes con el proyecto de dar cuenta de la experiencia “regional”, los autores logran, no obstante, transmitir a la vez el dinamismo y la complejidad de los procesos de transformación que atravesaron las áreas de implantación de las economías vitivinícolas cuyanas. Es a partir de este estímulo que este comentario se permite sugerir las posibilidades que pueden abrir estudios de tipo comparativo, no para reducir la especificidad regional a parámetros propios de otras experiencias, sino para fomentar el intercambio y la comunicabilidad de procesos de desarrollo no sólo paralelos sino estrechamente vinculados.

Juan Pablo Fasano

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires